

GADIR Y SU ENTORNO

Antonio CARO BELLIDO
(Universidad de Cádiz)

I) EL MARCO GEOGRAFICO

El paisaje del área de Cádiz durante la primera mitad del I MIL. a. C., momento en que tiene lugar la fundación colonial y la fase más arcaica del poblamiento semita, era bien distinto del actual. La razón principal radica en que dicho espacio estuvo sometido a una constante evolución antes y después de los tiempos protohistóricos. En la prehistoria y antigüedad Cádiz estaba formado por varias islas, como probaron en su día los estudios de J. Gavala⁽¹⁾ y los de otros autores que le siguieron, aunque con aportaciones. Sin embargo, del archipiélago gadeirita fueron dos islas las que tuvieron verdadera entidad: una, la de mayor superficie, alargada y estrecha, identificable con *Kotinoussa* (Isla de los Acebuches), otra, cercana a la tierra firme, coincidente con la Isla de León (S. Fernando), que los textos clásicos llaman *Antipolis*.

Recientemente se ha postulado la existencia de un canal que uniría la Playa de La Caleta con la Bahía, supuesto que ha partido de un trabajo de F. Ponce⁽²⁾ y de otro de R. Corzo⁽³⁾ en buena parte apoyados en la interpretación de algunas fuentes clásicas, así como en el hallazgo de tierras y cerámica al abrir cimientos para edificaciones en determinados puntos entre los dos conjuntos. También es posible, y así lo creemos, que en La Caleta las aguas marinas penetraran más al interior que en la actualidad, aunque no lo suficiente para conseguir la unión con la Bahía. Allí,

(1) J. Gavala, *El origen de las islas gaditanas*, Cádiz 1971.

(2) F. Ponce, "Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio", *Diario de Cádiz*, 12-XII-1976.

(3) R. Corzo, "Paleotopografía de la bahía gaditana", *Gades* 5 (1980), p. 5-14.

en La Caleta, debió estar ubicado el puerto fenicio, y luego el romano, bien resguardado entre la Punta de la Nao y el Castillo de S. Sebastián. Si el citado canal hubiese existido, el puerto estaría desprotegido, y más teniendo en cuenta las dificultades que ofrecía la isla debidas a "mareas, corrientes marinas y régimen de vientos"⁽⁴⁾. Juega también como factor desfavorable, si se admite la continuidad en la ubicación del puerto, lo que parece probable, la existencia en sus cercanías de una escollera, a juzgar por el testimonio de Estrabón (*Geog.* III, 5,9).

La constatación de depósitos en la zona referida sólo demuestra el relleno de una zona baja situada entre dos de mayor elevación y no que aquélla fuese necesariamente un fondo marino. Por otro lado, según Estrabón (*Geog.* III, 5,3), es en la mayor de las islas del archipiélago, *Kotinoussa*, donde se emplazaban la ciudad vieja (extremo N.E., seguramente en las cotas más altas) y el santuario de *Melkart* (extremo S.O., en la que hoy es la Isla de Sancti Petri y que entonces no estaba separada). Entre los dos entes, el área urbana y el santuario, se extendía un bosque de acebuches u olivos silvestres que dio nombre a *Kotinoussa*⁽⁵⁾. Así, siguiendo al geógrafo griego, que recoge noticias bastante anteriores a su obra, tampoco tiene sentido la existencia del supuesto canal Bahía-Caleta, que para sus defensores, debió separar la Isla de Los Acebuches de otra identificada con *Erytheia* o *Aphrodisias*⁽⁶⁾. Otro autor clásico, Plinio, señala que la primitiva ciudad estaba en la parte de la isla mayor que mira a la tierra firme, o sea, en el extremo N.E. de la misma, en lo que coincide con Estrabón, y que los púnicos, según el escritor latino, continuaban llamándola *Gadir* (*Nat. Hist.* IV, 120)⁽⁷⁾.

Además del puerto insular, los gadeiritas contaban con otro en la tierra firme, indudablemente de mayor relevancia, y que corresponde al hábitat del Castillo de Doña Blanca, ahora en fase de excavación⁽⁸⁾, cerca-

(4) M. E. Aubet, "Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas", *Aula Or.* 3 (1985), p. 12-13.

(5) Es llamada así por los griegos, según noticia de Timeo recogida luego por Plinio (*Nat. Hist.* IV, 120). El acebuche u olivo silvestre se daba en el S. de la Península Ibérica desde tiempos prehistóricos, creciendo junto a otras especies naturales propias del Mediterráneo.

(6) J. L. Escacena, "Gadir", *Aula Or.* 3, p. 39 y sig., Fig. 1; R. Corzo, "Paleotopografía...", p. 5 y sig.

(7) Kahrstedt y Meyer situaban la ciudad fenicia dentro del recinto del llamado Cádiz viejo (Recogido por A. Schulten, *Tartessos*, Madrid 1972, p. 63), sin embargo Schulten la creía ubicada en la Isla de San Sebastián, que suponía estaba separada de *Kotinoussa*. El enclave poblacional tirio debió estar sin duda dentro del Cádiz viejo, en el extremo nororiental de la actual península, donde se forma una elevación artificial o *tell* que cubren hoy las edificaciones, quizás, como señala J.L. Escacena ("Gadir", p. 43), en torno a Torre Tavira.

(8) D. Ruiz, "Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)", *Aula Or.* 3, p. 241 y sig.

no al actual Puerto de Santa María y a caballo entre el antiguo estuario del Guadalete, inaugurado algo más al N. del yacimiento, río arriba, y la bahía formada por éste, abierta entonces al Océano, con escaso fondo, y cuyo relleno o aluvionamiento fue dificultando progresivamente la navegación hacia el citado puerto. Esta es la razón por la que tuvo que abandonarse y elegir otro lugar con una mayor apertura al Atlántico y libre de obstáculos: el *Portus Gaditanus* (Pto. de St^a María).

En la bahía existente al S. de Doña Blanca ocurrió un proceso similar y paralelo al desarrollado en la del Guadalquivir (hoy comarca de Las Marismas) y que las mismas antiguas fuentes denominan *sinus Tartessus* (Ora 265). Básicamente en la vieja bahía del Guadalete tuvo lugar un fenómeno doble:

- Un cordón de dunas fue cerrando poco a poco la comunicación entre la bahía y el Océano siguiendo la dirección N.O. -S.E., convirtiendo aquella depresión litoral primero en un lago de escasa profundidad y luego en una marisma. La barrera arenosa iba desde el Pto. de St^a María hasta llegar casi a la altura de S. Fernando, una *flecha* que dificultaba cada vez más la entrada de aguas marinas.
- Al mismo tiempo que el cordón dunario se iba fijando, el relleno de aluvión aumentaba, reduciendo el fondo marino y obstaculizando la navegación.

Así, fueron razones de orden físico las que obligaron a los gaderitas, antes de la llegada romana, a trasladar su puerto en la tierra firme desde Doña Blanca (*Portus Menesthei*) hasta el actual Pto. de Santa María, un lugar abierto al Atlántico, aunque protegido, y cercano a *Kotinoussa*. Un cambio de la ubicación impuesto por fenómenos naturales, pero no en la función: El *Portus Gaditanus* constituyó, al igual que antes Doña Blanca, la continuación de Cádiz en la tierra firme, albergando, como indica Estrabón (Geog. III, 5, 3), a gentes de la isla para la práctica de la pesca, de navegación y del comercio. Diferente sentido tuvo sin duda el poblamiento de *Antipolis*, llevado a cabo también con elementos procedentes sobre todo de *Kotinoussa*, cuyo interés tenía a su base razones de estrategia y particularmente como núcleo de abastecimiento de productos agropecuarios, destacándose por la fertilidad de sus tierras (Estrabón, *Geog.* III, 5, 3), lo que contrastaba con las condiciones de la mayor de las islas gadeiritas, arenosa y poco apta para la agricultura, aunque sabemos por Posidonio, transmitido por Estrabón, de la existencia de pozos de agua dulce que permitían el riego de un cinturón de huerta en torno a la ciudad.

II) EL IMPACTO COLONIAL

El poblamiento en la mayor de las islas gaditanas no se inaugura con la llegada de los colonizadores orientales. Los materiales arqueológicos recogidos por P. Quintero en 1.943⁽⁹⁾ prueban la existencia de un hábitat calcolítico o eneolítico, debiendo fecharse dentro del III MIL. a.C., aunque aquellos fueron mal adscritos cultural y cronológicamente. Es en la Edad del Cobre cuando el espacio en torno a la actual Bahía de Cádiz conoce una habitación generalizada, al aire libre, en poblado, gracias a gentes que practican una economía mixta con base a la agricultura, a la ganadería y sobre todo a la explotación de los recursos ofrecidos por el mar (peces, moluscos, sal, etc.), gentes que entierran colectivamente, en cuevas artificiales por lo general de tipología siliforme, y que fabrican una cerámica sin decoración de la que destacan los platos y platos-fuente, con amplio diámetro, abiertos y poco profundos, primero, en la fase más antigua del Calcolítico (horizonte de Acebuchal A -Campo Real), con baja y marcada carena, luego, ya en la plenitud del Cobre (horizonte de Valencina), sin carena y con el borde almendrado, grueso.

Es posible que el hábitat no se interrumpa en *Kotinoussa* durante el Bronce antiguo y medio (1.750/1.700 al 1.100 a. C.), aunque los materiales documentados son posteriores, del final de la Edad del Bronce. Se trata de cerámicas con tratamientos superficial de bruñido o espatulado, reducidas hechas a mano⁽¹⁰⁾, propias del mundo indígena precolonial. La población del Bronce final que vivió en la mayor de las islas gaditanas, seguramente poco numerosa, dedicada fundamentalmente a la pesca y al marisqueo, debió conocer la llegada de los colonos fenicios, pero su aporte al enclave tirio fue nulo.

Respecto al tema de la fundación de Cádiz, la Arqueología no ha dado solución a un tema planteado desde hace años: la no coincidencia en las fechas entre los hallazgos fenicios y la dada por las fuentes escritas. Si estas señalan un asentamiento tirio, después de dos intentos o pruebas, en torno al 1.100 a.C., los materiales arqueológicos descubiertos hasta hoy indican que el apogeo de la famosa *urbs* tuvo lugar hacia el s. V. a.C., no pudiendo remontar la fecha funcional más allá del s. VIII a. C., momento en que nacen otros enclaves semitas en el litoral mediterráneo andaluz: Morro de Mezquitilla, de principios de la centuria, del 800, Toscanos, Cerro del Peñón y Las Chorreras, todos de la mitad del s. VIII a.C. El mismo Castillo de Doña Blanca, la continuación de *Gadir*, parece fundarse, a juzgar por los materiales, dentro de ese siglo, quizás hacia su

(9) P. Quintero, *Excavaciones en Cádiz*, Madrid 1935, p. 9-13, Lám. IV-VI.

(10) R. Corzo, "Panorama arqueológico de la ciudad de Cádiz", *I Jorn. arq. ciudades actuales* (Zaragoza, 1983), p. 75-79.

mitad. Con todo, también es cierto que en el mismo Cádiz no se han practicado excavaciones, al menos en el lugar donde se supone estuvo fijado el primitivo enclave colonial, sobre todo por las dificultades planteadas por el hecho del continuismo poblacional hasta nuestros días.

Para el conocimiento de *Gadir*, dejando a un lado los hallazgos de la isla considerados arcaicos y que no tienen comprobación estratigráfica, hemos de contar fundamentalmente con los materiales de Doña Blanca. En este yacimiento, a pesar de documentarse un poblamiento precolonial, parece que se interrumpe antes de la llegada fenicia. Los semitas fundan el poblado y el puerto correspondiente al mismo, según señalamos, hacia la mitad del s. VIII a. c., resultando de sumo interés el que desde la inauguración colonial del enclave aparezcan asociados en la estratigrafía elementos culturales semitas y otros de clara filiación indígena, particularmente tartesios. Este fenómeno no es sólo comprobable en Doña Blanca, sino que es posible documentarlo en otros asentamientos coloniales del litoral mediterráneo de Andalucía (Chorreras, Morro y Toscanos), de modo que se ha llegado a destacar en ellos un “occidentalismo”, esto es, un carácter no puramente oriental, siendo prueba del mismo la presencia en sus niveles de habitación de abundantes cerámicas indígenas, hechas a mano, y que, curiosamente, no responden a las fabricadas por la escasa población autóctona del entorno más inmediato, sino que se trata de producciones del Bajo Guadalquivir y Huelva, de *Tartessos*. Como en Doña Blanca, la cerámica a mano de los establecimientos coloniales citados es particularmente abundante en los estratos inferiores, esto es, a partir de su fundación y durante los primeros años de existencia, haciéndose cada vez más rara a partir de los comienzos de s. VII a. C. Este hecho ha llevado a algunos investigadores, como D. Ruiz para el caso del yacimiento gaditano, a hablar de un creciente “orientalismo”⁽¹¹⁾.

Todo lo dicho tiene para nosotros una sola explicación: los enclaves fenicios del litoral andaluz son obra de una población mixta compuesta por elementos orientales y por gente procedente del Bajo Guadalquivir. Dicha población es la que practica las fundaciones y es la que, tras estas, convive dentro de los recintos de habitación, teniendo como objetivo de base la actividad comercial. El hecho no debe resultar extraño, ya que sobre todo dentro de la denominada fase “tartesia precolonial reciente” (850-750 a.C.) *Tartessos*, beneficiado con su plena integración en el mundo cultural atlántico, despliega su comercio por las costas oceánicas y por el Mediterráneo, iniciando su expansión en otras tierras peninsulares (Andalucía oriental, Extremadura y Levante), aunque con diferente intensidad. Además, los tartesios navegan hacia el N., por el Atlántico, con el objeto de controlar la ruta del estaño y quizás los centros de pro-

(11) D. Ruiz, “Las cerámicas...”, p. 242.

ducción, sobre todo los del N.O. hispano. Surcan el Mediterráneo ejerciendo su hegemonía, en las costas norteafricanas y llegando hasta por lo menos el área central del mismo, a Sicilia, a Cerdeña, a Italia, tomando aquí contacto con los comerciantes orientales: chipriotas, minorasiáticos, fenicios, etc. Así, *Tartessos* se erige por esos momentos en el principal intermediario en las relaciones entre Oriente y Occidente, lo que parece comprobarse tanto en las fuentes escritas como en los testimonios arqueológicos. Gracias a Avieno conocemos los barcos empleados por nuestros marineros, los *hippoi*, luego considerados “gaditanos”, las rutas de navegación, los productos comerciados, etc., lo que ha llevado a J. Caro Baroja a hablar de talasocracia⁽¹²⁾. Gracias a estos desplazamientos marítimos anteriores al Orientalizante llegan al S. de España elementos culturales del Mediterráneo y del Atlántico, siendo los portadores de ellos los marineros tartesios. Del mundo atlántico recogen el modelo de espada-estoque en el que se inspiran las espadas tartésicas de “lengua de carpa”, los escudos redondos con escotadura en U, las puntas de lanza de tubo con perforaciones, etc. y con toda probabilidad el rito funerario de la incineración y la costumbre de enterrar debajo de un túmulo, a pesar de que las tumbas y las cremaciones no tengan constatación hasta el Orientalizante. Del Mediterráneo recogen las fibulas de codo⁽¹³⁾, yelmos como el de la Ría de Huelva, escudos redondos con escotadura en V, carros de dos ruedas, el modelo de vaso denominado “à chardon”, que se fabricará a mano en los alfares tartesios⁽¹⁴⁾, etc.

Además de lo dicho, *Tartessos* experimenta un engrandecimiento interno creando nuevos enclaves de hábitat y potenciando los ya existentes, engrandecimiento que se incrementará tras la llegada fenicia.

III) CADIZ DESPUES DE LA FUNDACION COLONIAL

Gadir y Doña Blanca deben ser considerados como un conjunto, como un sólo núcleo, o, al menos, esa es la visión que se trasluce de las fuentes escritas, sin embargo, es probable que el carácter de ambos enclaves no sea idéntico. Puede de que Doña Blanca sea una “colonia” del tipo de Morro de Mezquitilla, Chorreras o Toscanos, esto es, formada, como se señaló, a base de una población mixta, semita y tartesia, y que *Gadir* fuera un establecimiento montado sin elementos poblacionales extraños,

(12) J. Caro Baroja, “La realeza y los reyes en la España Antigua”, *Cuad. Fund. Pastor* 17, Madrid 1971, p. 109-118.

(13) La fibula de codo es originaria del área siropalestina. Desde aquí se difunde por el Mediterráneo Oriental, pasando luego al Mediterráneo Central (Italia, Sicilia, etc) desde donde pudieron recogerla los navegantes tartesios.

(14) A. Caro, *Las cerámicas grises a torno a orientalizantes de Andalucía*, Cádiz 1987, p. 11.

concebido como algo oriental puro. La isla en la que se establecen los fenicios es desde un punto de vista geográfico espacio ideal para la defensa y refugio ante posibles adversidades con los indígenas, baluarte del conservadurismo de las tradiciones tirias, entre las que debiera destacarse la religión. En efecto, el santuario levantado por los colonizadores semitas en *Sancti Petri* debió constituir el principal resorte en el mantenimiento de lo propiamente oriental, o sea, la base de diferenciación ante el elemento indígena. Es la fama alcanzada a lo largo del tiempo por el santuario lo que influirá decisivamente en la alta cronología dada a la fundación del primitivo enclave colonial. La mejor prueba del conservadurismo radica en que forma de culto y ritual se mantiene en el citado santuario, el de *Melkart*, prácticamente inalterables durante siglos, alterándose en tiempos helenísticos, aunque, a pesar de la influencia griega, se daba una "doble forma de culto, la tiria tradicional, sin imagen, y la grecorromana, con ella"¹⁵.

Las relaciones entre los fenicios de *Gadir* y los tartesios debieron ser cordiales hasta poco antes del año 500 a.C. y sus actividades comerciales complementarias. Los semitas tienen en las áreas en torno al Guadalquivir y Guadalete un excelente mercado. Aquí introducen sus artículos alimentarios (aceite y vino sobre todo) y sus manufacturas (cerámicas de lujo hechas a torno rápido, particularmente las de engobe o barniz rojo, objetos de pasta vítrea, telas, etc.), beneficiándose, además, de las actividades mineras y metalúrgicas desarrolladas por los tartesios: plata y cobre de S^a Morena y estaño del Atlántico. Minas y rutas mineras, tanto las terrestres como las marítimas, estuvieron en manos indígenas hasta el dominio cartaginés, aunque los fenicios se aprovechen de la comercialización del metal en el Mediterráneo. Resulta también de vital importancia el que antes del establecimiento semita en nuestras costas una élite mercantil, la tartesia, fuera capaz de crear una estructura comercial que afectaba a amplios territorios y que ponía en contacto los mundos existentes a uno y a otro lado del Estrecho. Dicha estructura adquiere dinamismo durante el Orientalizante gracias a la colaboración entre fenicios e indígenas.

Las buenas relaciones entre semitas y tartesios pudieron alterarse algo antes de la llegada carteginesa, quizás por el peligro que suponía para aquellos una probable alianza de la monarquía tartésica con los griegos, que conocían el S.O. hispano. y sus enormes riquezas. Hay dos textos fundamentales que hablan del enfretamiento entre los fenicios de Cádiz y los indígenas, uno es de Macrobio (*Sat.* I,20,12), el otro, más completo, de Justino (44,5,1). En el primero se cita como jefe de la flota tarte-

(15) A. García y Bellido, "Hercules gaditanus", *A. E. Arq.* XXXVI (1963), p. 111-112, 120 y 122.

sia a Therón, seguramente monarca. Justino señala entre otros hechos que en la batalla naval los gadeiritas buscaron como aliados a los cartagineses, lo que resulta probable. La victoria de los semitas parece que fue aplastante, suceso que quizás deba colocarse por los años en que tuvo lugar la batalla naval de Alalia. Sin embargo, si existió esa alianza entre orientales debió ser algo puramente coyuntural, ya que pocos años más tarde los cartagineses atacan Cádiz, hacia las mismas fechas que destruyen Tartessos, o sea, en torno al 500 a.C.⁽¹⁶⁾. Estos acontecimientos deben ponerse en relación con la política expansionista protagonizada entonces por Cartago. Poco antes dicha potencia puso sus miras de conquista en Sicilia y Cerdeña para sacar de ellas su máximo rendimiento, enfrentándose con los griegos.

El asalto de los cartagineses a la colonia tiria de *Gadir* está recogido en la obra de Vitruvio (*De Arch.* X, XIX) al hablar de las máquinas para la guerra, según el texto que sigue: "Cuentan que los cartagineses fueron los primeros que en el sitio de *Gadir* inventaron el ariete. Habiendo ocupado un castillo, antes de poner cerco a la ciudad misma quisieron derribar sus muros. Entonces unos cuantos muchachos, no disponiendo de herramientas útiles para tal demolición cogieron una viga, y empujándola con los brazos contra la muralla, derribaron facilmente buena parte de ésta. El caso hizo reflexionar a cierto tirio, llamado Pephrásmenos, el cual, durante el cerco que los cartagineses pusieron a la propia ciudad, cogió un mastil y colgó de él una viga transversal suspendida como el fiel de una balanza, y con esta viga transversal golpeó la muralla hacia atrás mediante una soga. Como los sitiados no conocían medio alguno de defensa contra esta máquina nueva, no pudieron impedir que las murallas se viniesen abajo prontamente ⁽¹⁷⁾. Sin duda el relato está tomado de una fuente vieja, seguramente púnica, pero lo más curioso del texto es que se hace mención de dos lugares diferentes. Se habla del asalto a un castillo, a un recinto fortificado, que debe ser el *Gadir* ('gdr= muro, recinto protegido o amurallado). El segundo ataque puede que se refiera al efectuado por los cartagineses sobre las defensas de la ciudad que *Gadir* tenía en la tierra firme, esto es, Doña Blanca.

El caso de Cádiz no es único, al contrario, establecimiento coloniales de la importancia de Toscanos, Morro de Mezquitilla o Gudalhorce desaparecen hacia el 500 a. C., o sea, por los mismos años en que los cartagineses atacan Cádiz. El mundo indígena del Bajo Guadalquivir sufre también por estas fechas destrucciones e incendios, lo que es comprobable en numerosas estratigrafías. Determinados enclaves de hábitat como Alhonz, Ategua, Cabezo de S. Pedro, Carmona, Lebrija y otros se aban-

(16) Entre el 520 y el 509 a.C. según Schulten (*Tartessos*, p. 125).

(17) Traducción de A. Schulten (*Tartessos*, p. 126).

donan temporalmente o reducen el espacio urbano ocupado. Otros, como en el caso del poblado del Carambolo, desaparecen para siempre. Todo este panorama debe relacionarse con el ocaso de *Tartessos* y con su destrucción.

El s. V. a.C. se inaugura con la entrada de un nuevo momento cronológico y cultural, el ibero, que acusa diferencias con el orientalizante, siendo en él mayor el peso del elemento indígena. En esta centuria tanto Cádiz como doña Blanca viven momentos de gran prosperidad, bien reflejada en la cultura material, en la arquitectura y en otros muchos aspectos⁽¹⁸⁾, fruto sin duda del comercio y de las intensas relaciones mantenidas en el marco del Mediterráneo.

(18) J. L. Escacena, "Gadir", p. 51; D. Ruiz, "Las cerámicas...", p. 243.

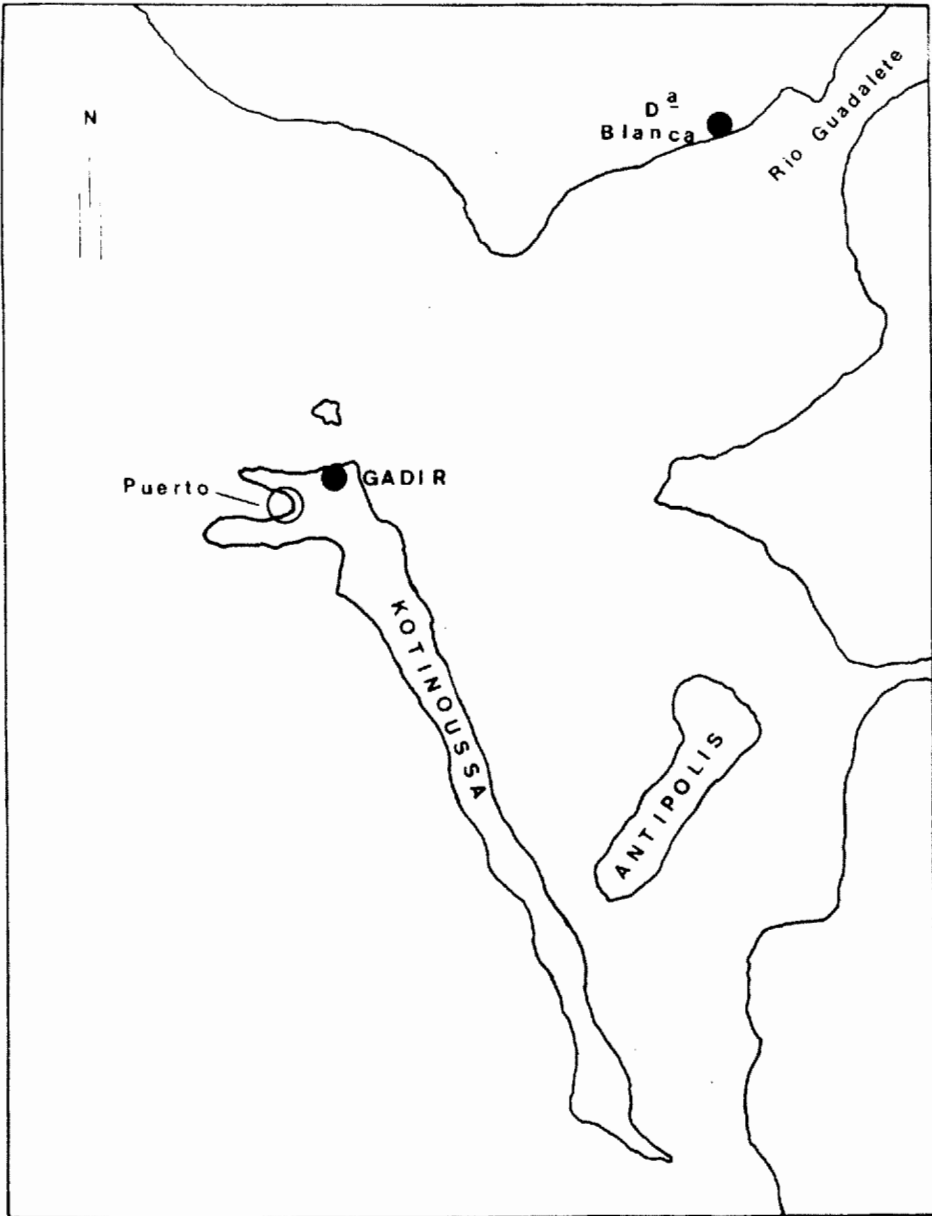


Fig. 1.- Gadir y su entorno.

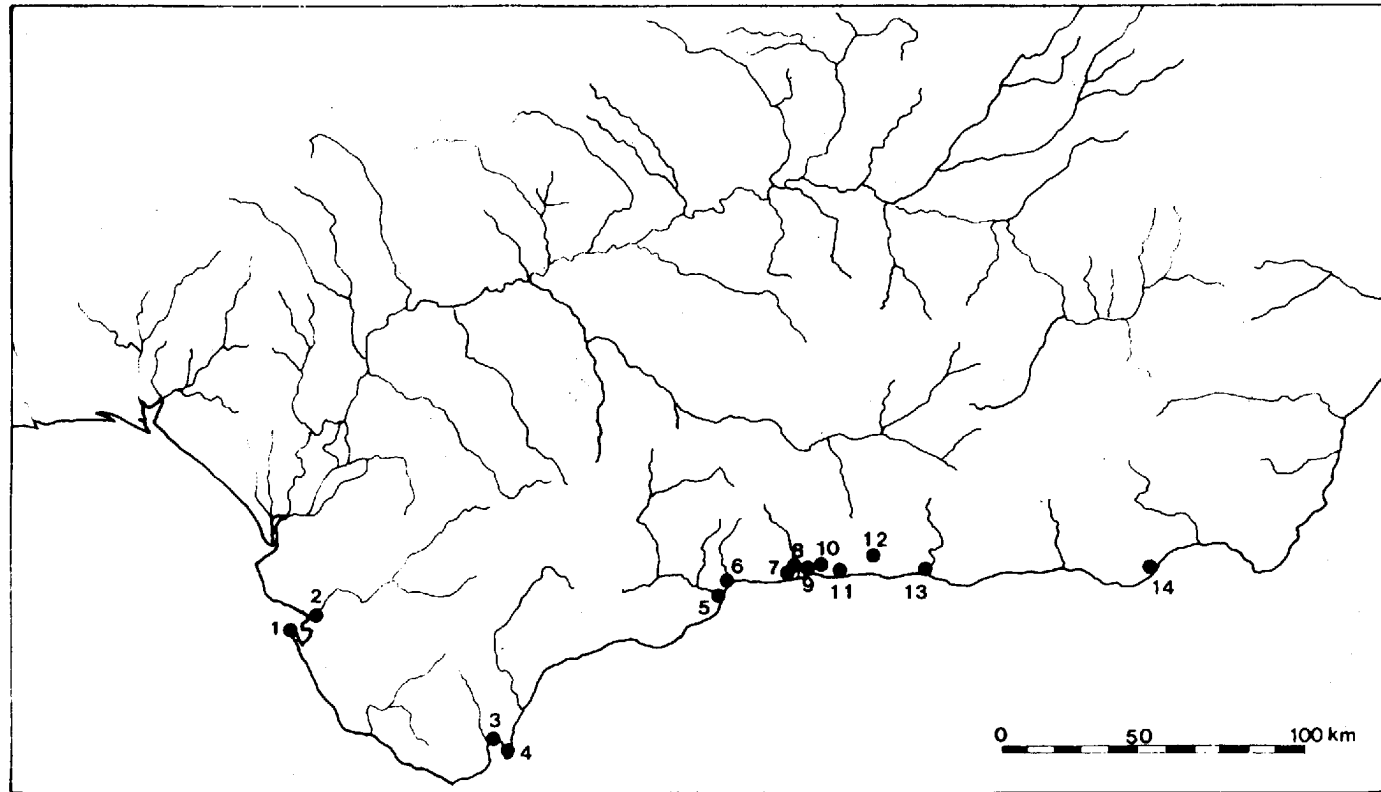


Fig. 2.— *Principales yacimientos fenicios de Andalucía.*

1. *Gadir*; 2. Doña Blanca; 3. Cerro del Prado; 4. Gibraltar; 5. Guadalhorce; 6. *Malaka*; 7. Cerro del Peñón; 8. Toscanos; 9. Cerro del mar; 10. Morro de Mezquitilla; 11. Las Chorreras; 12. Frigiliana; 13. Sexi; 14. Abdera.

ESTRATIGRAFIAS POBLADOS ANDALUCIA

	s. IX	VIII	VII	VI	V	IV	III
1. ALHONoz							
2. ALJARAQUE							
3. ATEGUA 1							
ATEGUA 2							
4. C. DE S. PEDRO 1970							
C. DE S. PEDRO 1972							
C. DE S. PEDRO 1977-M							
C. DE S. PEDRO 1977							
C. DE S. PEDRO 1978							
5. CARMONA- 1960							
CARMONA- 1.980 A							
CARMONA- 1.980 B							
6. LA MUELA							
7. CARAMBOLO ALTO							
CARAMBOLO BAJO							
8. C. DE LA ENCINA							
9. C. DE LOS INFANTES							
10. C. MACARENO F.							
C. MACARENO 1976							
11. C. DEL MAR							
12. C. DE LA MORA 1979							
C. DE LA MORA 1981							
13. C. DEL PENON							
14. C. DEL REAL IX							
15. CHORRERAS							
16. LOS QUEMADOS							
17. C. DEL NEGRO							
18. GRANADA							
19. GUADALHORCE							
20. MESA SETEFILLA							
21. MORRO MEZQ.							
22. P. DE LA REINA							
23. C. SAL.							
RIOT. QUEBR.							
24. S. BARTOLOME							
25. SEVILLA							
26. TEJADA							
27. TOSCANOS							

Fig. 3.- Estratigrafía comparada de los enclaves de hábitat andaluces (indígenas y coloniales).